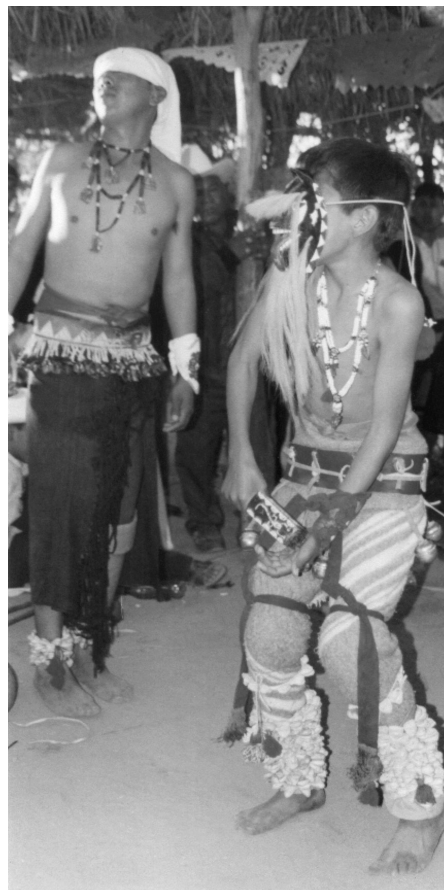


entregar los guajes a los cantadores, da cuatro vueltas al patio ceremonial, sacudiéndolos. En torno a las fogatas vecinas se acomodan las familias de los asistentes al yúmari.

El cantador y sus dos ayudantes se sientan en el extremo oeste del patio, de cara al oriente, para dirigir el baile de las mujeres. En sus cantos, que acompañan con sus guajes, repiten obsesivamente la forma de ser de algún animal como la tortuga, el palomo, el cerdo, el cuervo, el colibrí y otros que, según la tradición, ayudaron a reconstruir el mundo después del diluvio.

Los guajes son instrumentos sagrados llenos de semillas de palmilla y piedrecitas blancas-cristalinas. Si hay mucha humedad en el ambiente, los calientan para que suenen bien. Estas sonajas son símbolo de vida porque con su sonido invocan la lluvia fertilizadora, y en su forma esférica y su movimiento se manifiesta el giro del mundo.

Las mujeres —jóvenes y adultas— danzan hombro con hombro, tomadas de la mano, representando al animal a que alude el canto. Caminan hacia adelante con algunos pasos de retroceso y a veces zigzaguean, desplazándose por todo el patio entre el altar y los cantores, a ritmo del canto. El



Danzante de pascola, yaqui. Etchojoa, Sonora, 2004

Foto: Víctor Acevedo Martínez. Acervo Fonoteca INAH